

## DE DOS REPOBLACIONES VECINAS, A LAS GRANDES INVASIONES

---

ANTONIO LINAGE CONDE  
Cronista de Sepúlveda.  
Correspondiente de la Academia  
Alfonso X el Sabio de Murcia

En su exilio porteño, don Claudio Sánchez-Albornoz publicó el libro titulado *Despoblación y repoblación del Valle del Duero*, quizás el más enjundioso de los suyos. En él defendía la tesis de la tal eremación, quedándose corto el título en cuanto a su delimitación geográfica, la cual con un poco de buena voluntad podría extenderse todo a lo ancho de una faja peninsular con los extremos en Oporto y Barcelona. Respondía en esa obra don Claudio a unas breves líneas de don Ramón Menéndez-Pidal negadoras de esa desertización. En los treinta y cinco años transcurridos desde la aparición de dicho volumen el tema se ha seguido controvertiendo. Han abundado los negadores, sí. Pero si nos fijamos en sus argumentos habremos de convenir en que bastantes de ellos serían sólo válidos contra la afirmación de que el desierto en cuestión hubiera sido lunar, sin un solo habitante, por no decir sin vida. Mas los desiertos de la tierra, en la cual vive el hombre y transcurre la historia, no son así. Tienen habitantes, no sé si podríamos decir también vecinos o domiciliados. La peculiaridad está en su densidad, determinante por lo escasa de una geografía humana diferenciada. Don José-María Lacarra me decía en una carta, relativa a mi tierra nativa sepulvedana, que también el Sahara es un desierto, y sin embargo todos sabemos que hay saharianos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Perdón por esta aparente *boutade*: el día de los Santos de 1915, el eremita Charles de Foucauld escribía desde su retiro sahariano de Tamanrasset a un señor llamado M. Lustoslawski: «[...] Durante mucho tiempo se había creído que el Sahara era enteramente estéril y estaba inhabitado. Esto era un error. Pero

Antes de proseguir, dejemos sentado que el desierto de que estamos tratando, por su magnitud e índole no pudo ser una frontera. Era una tierra muy extensa, que a su vez tenía una frontera cristiana al norte y otra frontera musulmana al sur. Naturalmente que su papel en las relaciones, ora bélicas ora de convivencia, entre aquellas dos Españas, fue decisivo. Unos y otros hubieron de transitar a su través en cuanto su inclemencia lo permitía, acaso más mezclados que en las tierras delimitadas de cada uno. Por ello no creemos acertado llamarlo, como se viene admitiendo, desierto estratégico, lo cual implicaría privarlo de su tremenda autonomía. Y además podría dar la sensación de haber sido creado *ad hoc* con esas miras, una tarea que habría resultado imposible y que cuando se intentó, si es que de veras lo fue tan categóricamente como se nos ha dejado escrito, en los días de Alfonso I, sólo pudo alcanzar la categoría de factor coadyuvante. En cambio los escasísimos textos hispanoárabes que lo mencionan tienen un cierto aroma poético, un factor por lo tanto a no preterir.

Y no me es posible dejar de recurrir, acá llegado, a una experiencia personal. Cuando, ya bastante adulto yo, tuve noticia de la tesis de la desertización, sentí que la historia de mi sepulvedana tierra nativa se me aclaraba, como si en cambio antes me hubiera llegado solamente a través de las piezas de un rompecabezas pero incompletas, y ahora dispusiera de las que faltaban o al menos se me hubieran facilitado los elementos necesarios para suplirlas.

¿Sería una intuición, determinada por la gemela extrañeza de su respectivo contexto, la que hizo a Alejandro Herculano formular por primera vez esa aseveración? Lo cierto es que antes de que así se sentara, por escrito, tardía y académicamente, había quienes creían en ella, aunque sólo de palabra lo expresaran, o en escritos desapercibidos, claro está que en aquellos los tiempos de nuestros mayores en que se hablaba más y más denso. Un dato en que no se ha reparado, que yo sepa, pero que nos ha llegado por lo menos en un testimonio que no podemos aislar, sino darle la significación de un síntoma.

El cronista Diego de Colmenares, en su *Historia de Segovia y compendio de las historias de Castilla*, obra dada a los tórculos en 1637, al referirse a Ilderredo, el primer obispo de la diócesis nuevamente creada de Simancas, cerca ya de mediar el siglo décimo, personaje que caprichosamente utilizó el título de obispo de Segovia, alude a la tesis de la despoblación, algo insólito entonces y que desde luego no comparte, «contra lo que en nuestros tiempos se ha escrito inadvertidamente de que nuestra ciudad y su comarca estaba desierta por esos años». ¿Quién lo escribió? Confesamos no haberlo encontrado. Don Claudio tampoco lo halló; por otra parte no cita la alusión de Colmenares, dando las primicias historiográficas en la materia al citado portugués Ale-

---

es verdad que sus habitantes son poco numerosos y no tienen la vida fácil» (apud. el catálogo «Lettres autographes», Charavay, año 147, núm. 829, marzo del año 2001, núm. de la pieza 46558, pág. 38). ¿Serán víctimas de una creencia pareja en cuanto al desierto de nuestra tierra ciertos de sus negadores?

jandro Herculano, «el solitario de Valle del Lobo» que le llamó el tan lusófilo Unamuno. Sin embargo, a nosotros nos parece que esa mención del párroco de San Juan de los Caballeros en la ciudad episcopal, que antes lo había sido del pueblo de Valdesimonte, en la parte de la diócesis ya frontera con las tierras de Sepúlveda, aunque alude a un escrito que indudablemente existía, más bien está pensando en algo que circulaba de boca en boca, en un ambiente minoritario claro, tertulias de rebotica y sacristía por ejemplo y sólo de tarde en tarde, a guisa de interludio de las distracciones o preocupaciones de la actualidad inmediata que por supuesto era la local. Una prueba de que no todo lo que circula en la vida del intelecto pasa por los libros, ni siquiera en civilizaciones tan librerías como la nuestra. Aunque siendo muy variopintas las motivaciones de la falta de literarización en cada caso. ¿En éste podría serlo el recelo a alguna capitidisminución de la gesta reconquistadora y la floresta de sus leyendas heroicas? Acaso. Tengamos también en cuenta que una despoblación lenta a la fuerza e irreductible a lo evenemenencial es una página que se escapa a la crónica, género historiográfico el único que conoció la España cristiana de aquellos remotos siglos. Otra cosa son las batallas, o incluso las correrías, aunque lo sean en tierra de nadie, dato éste por otra parte muy propicio a escamotearse.

Pero puso el dedo en la llaga uno de los anotadores manuscritos del libro de Colmenares, el marqués de Mondéjar<sup>2</sup>, cuando a propósito de una donación efectuada en aquel contexto apostillaba: «No se infiere, que bien se la podía dar sin que la ciudad lo estuviera». Desde luego. Una donación de una tierra puede hacerse sobre el papel aunque la tierra sea inasequible, por estar bajo soberanía enemiga o en una tierra de nadie, doblemente peligrosa, tanto por el enemigo al otro lado como por las asechanzas del propio desierto en que consiste. Sobre el papel, pero no frívolamente, sino transmitiendo una expectativa. Como el cambio de título de su sede por Ilderedo implicaba la esperanza de hacer suyo el territorio segoviano cuando fuese artrancado a la maleza que le dominaba y puesto al abrigo del retorno de los enemigos del sur.

#### DE LA REPOBLACIÓN A LA RECONQUISTA

Sabida es la índole paupérrima de las crónicas altomedievales de la España cristiana. Su estilo es telegráfico literalmente. Son sargas de noticias transmitidas como los telegramas cuando llegó su hora.

Una de estas crónicas, la de Alfonso III, por cierto la primera vez en que aparece mencionada Sepúlveda y escrito su nombre, nos dice que ésta, con otras muchas ciudades a lo largo y ancho de un territorio muy extenso, fue desertizada, eremada, despoblada por Alfonso I en su magna correría bélica desde su solar astur. Damos por bueno el dato, con tal de reducir a sus justos límites el papel del monarca en la cau-

<sup>2</sup> Manejamos la edición de la Academia de San Quirce de Segovia (1969) I, 195. En su aparato crítico se recogen estas notas hasta entonces inéditas.

sación del fenómeno. Admitimos que pasó por Sepúlveda, como por los otros lugares, más que desertizándolos levantando acta de la previa desertización fatal que habían sufrido, desde luego no evenencialmente sino a más parsimonioso ritmo. Naturalmente que su incursión no fue repobladora, al contrario. Pero eso fue todo.

La repoblación llegó por obra del conde castellano Fernán González, en un gesto desde luego audaz, por lo avanzado de la posición sepulvedana sobre el Duratón en una fecha tan temprana como era el año 940. El historiador silense fray Justo Pérez de Urbel la llamó salto de tigre. Las crónicas de la época se limitan consignar que el conde repobló la villa, mejor dicho que la pobló, *populavit Septempubicam*. Hace tiempo que hemos tratado estas cuestiones y por ello podemos ahorrar las referencias más precisas<sup>3</sup>.

El noroeste de la diócesis de Segovia donde Sepúlveda se encuentra es ya el extremo de tal geografía eclesiástica, próximo a sus confines con la de Sigüenza. La villa de Cuéllar, al noreste, muy vinculada a Valladolid en los tiempos modernos, tiene tras de sí una faja extensa de tierra aún diocesana de Segovia<sup>4</sup>, aunque la mitra de Palencia logró quedarse con Peñafiel, rompiendo así la unidad de la cuenca del Duratón que allí desemboca en el Duero. A diferencia de la de Sepúlveda, de la repoblación de Cuéllar sólo sabemos retrospectivamente por haber sido víctima también de las correrías de Almanzor<sup>5</sup>. Concretamente en la primera fase de las mismas, para la cual salió el 23 de mayo del 977, volviendo a Córdoba al cabo de treinta y cinco días, habiendo sido Madrid el punto de unión de las tropas, dato indicador de ser el objetivo la Extremadura castellana. Por los cronistas árabes sabemos de la caída entonces de Cuéllar. Ello ha llevado a conjeturar que su repoblación habría sido coetánea a la de Sepúlveda, posterior desde luego a la batalla de Simancas del año 939. Así las cosas, el silencio historiográfico de la por otra parte tan parsimoniosa historiografía cristiana peninsular de entonces, nos denota que se trató de una consecuencia de la arriesgada repoblación fernandina sin más. La duda es si fue también Fernán González el repoblador o el rival que la monarquía leonesa le había situado en aquella zona un tanto fronteriza, el conde de Monzón, nuevo su condado, anterior al año 943, su primer titular Assur Fernández, de esa familia Ansúrez oriunda de la tierra de Oca y Belorado que nos consta al lado del rey desde el año 916. En realidad, el condado de Monzón trataba de frenar la expansión castellana, entregando a un hombre de confianza la tierra

---

<sup>3</sup> Últimamente en «La frontera. Una evolución del barroco al romanticismo», en *Cuartos estudios de frontera. Historia, tradiciones y leyendas en la frontera* (Alcalá la Real, 2002), 325-36.

<sup>4</sup> Queremos decir antes de la bárbara equiparación contemporánea de las provincias a las diócesis.

<sup>5</sup> Seguimos a Balbino VELASCO BAYÓN: *Historia de Cuéllar* (4.ª ed., Segovia, 1993), 80-86; allí cita a J. M. RUIZ ASENCIO: *Magnates cristianos aliados de Almanzor*, y *La provincia de Valladolid en la Edad Media*. Velasco opina que «la abundancia de topónimos en Cuéllar y su tierra debidos a los repobladores de la Edad Media, favorece en parte la tesis de Sánchez-Albornoz».

del sur del Duero todavía no consolidada en las manos del conde rebelde que se fijó audazmente en Sepúlveda<sup>6</sup>.

Lo que en cambio no ofrece duda es el resultado devastador de la incursión almanzoriana. Y no lo decimos incurriendo en el tópico de la índole despiadadamente asoladora de los islamitas andalusíes, bastante para oscurecer con párrafos de una retórica prefabricada y carente de pruebas estudios serios de detalle, sino porque la repoblación cuellarana debió ser de una debilidad incapaz de soportar un golpe como aquél. De manera que los testimonios posteriores en que el nombre de la villa aparece son muy tardíos y relativos a una época ya muy posterior, aunque demasiado anterior a aquéllos, en cuanto se trata de los cronistas de Alfonso VI, Lucas de Tuy y Rodrigo Jiménez de Rada. Mas al fin y al cabo ellos se hacían eco de una situación que la savia de la documentación notarial nos comprueba desde el año 1093, cuando al vender una finca a la colegiata de Valladolid, la Torre de Don Velasco, junto al río Cega, se la ubica en el territorio de Cuéllar<sup>7</sup>. Colegiata a la cual el conde Pedro Ansúrez hizo poco después, el 21 de mayo de 1095, una rica donación, en la cual se incluye «dentro de Cuéllar la iglesia de San Pedro [...] el diezmo de Cuéllar». El mismo Conde que, en el año 1112, dio en la misma tierra cuellarana el monasterio de San Boal o Samboal al cluniacense de San Isidoro de Dueñas<sup>8</sup>. Volvieron pues los Ansúrez, pero cuando ya había cambiado la historia de Castilla y León lo bastante como para no entender el significado profundo de las rivalidades de sus antepasados con los de los monarcas dominantes en todo ese país y mucho más allá. Y al asentar la sustentación permanente de la iglesia territorial y la regular, consumaban una genuina carta de naturaleza con una vocación de perennidad que para derrumbarse requeriría muchos siglos y un cambio radical en la población con sus mentalidades y la tierra con sus frutos. Un azar la hizo pasar a la historia de nuestra literatura, gracias a un infante escritor, el novelista don Juan Manuel, *et el conde don Pedro Ansúrez pobló a Cuéllar, et moraba ya*, que consigna en su *Conde Lucanor*. El pretendiente de una hija del conde Ansúrez, Alvarfáñez, hija que resultó ser doña Vascuñana, modelo de esposas para nuestro literato, había viajado en pos de su mano de Iscar a Cuéllar.

Dos momentos éstos, los de las dos villas norteñas de la diócesis segoviana, de una repoblación fronteriza de las que han tejido el acuñaarse de nuestra vieja Europa. La una un salto en el desierto hacia una reconquista en el conflicto de civilizaciones

<sup>6</sup> «Las tierras de Peñafiel, Sacramenia y Cuéllar –escribe Velasco– quedaron por consiguiente en la zona de fricción de los dominios del conde Fernán González y los Ansúrez, lo que constituyó motivo de roce entre familias rivales y de disgusto entre León y Castilla».

<sup>7</sup> Manuel MAÑUELO VILLALOBOS: *Documentos de la iglesia colegial de Santa María (hoy metropolitana) de Valladolid, anotados por José Zurita Nieto* (Valladolid, 1917), 1, 21.

<sup>8</sup> Antonio de YEPES: *Corónica General de la Orden de San Benito* (ed. J. Pérez de Urbel; Biblioteca de Autores Españoles; Madrid, 1960), 2, 156-7.

hecho bélico entre la cristiandad y el Islam, la otra en la urdimbre de las potestades regia y señorial que no se daban tregua en ese mismo trance, la constante tensión de alguna manera entre lo centrípeto y lo centrífugo. Y una acuñación aquélla que para los hombres, iba a decir que de mi generación de entreguerras, pero puedo ampliar sencillamente que de nuestro tiempo, tiene un eco trágicamente contemporáneo.

## LA EUROPA DE LAS FRONTERAS

En cuanto a los problemas fronterizos de la Europa del siglo XX, han sido la cantera de la densa tragedia que, puede llegar a definir tal centuria, a esta parte del planeta. Lo cual no nos extraña, aunque sí nos humille ante la permanencia de una conflictividad tan por encima de nuestras pretensiones infundadas de mejoría moral<sup>9</sup>, si tenemos en cuenta que esa Europa de nuestras guerras civiles contemporáneas se formó merced a unos avances, retrocesos y cambios de fronteras, cuando su sustrato continental, o peninsular meramente si lo preferimos, sucedió al que en los días romanos unía las dos orillas del *mare nostrum*<sup>10</sup>. Ello consecuencia inmediata de la penetración más allá de sus fronteras de los pueblos entonces llamados bárbaros, ante todo los germanos por lo definitivo de su permanencia y lo indeleble de su huella. Lucien Musset, un óptimo conocedor de esos movimientos humanos, invasiones que suelen decirse, puede decir que «la estabilidad del poblamiento de la Europa occidental y meridional, que aceptamos tan demasiado fácilmente como un dato inmutable, es un estado relativamente reciente, al cual la Europa oriental no ha llegado todavía<sup>11</sup>».

¿La frontera la semilla de la guerra, la cantera de los males y del mal? Sólo en la medida en que la humanidad misma lo es. Tanto que la respuesta se nos evade de la historiografía. Por eso nos estamos expresando con una tremenda vulgaridad. Pues es la frontera la que ha hecho la historia sin más. De manera que nuestro ejemplo europeo no pretende pasar de tal. O, si lo preferimos, la frontera es un punto de vista

<sup>9</sup> En la novena semana altomedieval de Spoleto, Robert Latouche (*De la Gaule romaine à la Gaule franque*. Spoleto, 1962; pág. 409), aludiendo a la actualidad del tema (*Il passaggio dall'antichità al medioevo in Occidente*) en un tiempo también perturbado y de porvenir incierto, quiso terminar con «una nota optimista, es más, demostrativa de lo reconfortante de ese género de estudios, a saber que los habitantes de las Galias salieron felizmente de la crisis del siglo V, conociendo un hermoso porvenir, y no es ello la prueba de que la humanidad puede, cuando quiere, descubrir en sí misma los recursos necesarios para proseguir su destino?». No creemos necesario añadir comentario alguno, aunque ello no quiere decir no esté legitimado para hacerlos el lector.

<sup>10</sup> Muy buena visión de conjunto y densa bibliografía en L. MUSSET: *Les invasions. Les vagues germaniques* (París, 1965).

<sup>11</sup> Continuando con la sugerencia de que, «si bien nuestra óptica tradicional considera el período de las grandes invasiones como un parentésis de perturbaciones entre esas dos eras de estabilidad normal que habrían sido el Imperio Romano y la nuestra, sería más fundado adoptar una actitud inversa, teniendo la época romana por una excepción, un alto en el camino de sendos torbellinos de invasiones».

bastante para desde él hacer la historia. Y sin olvidarnos de la contrapartida, de la riqueza que la frontera ineludiblemente atesora.

#### EN EL *VÖLKERWANDERUNGSZEIT*

Teniendo que hacer un esfuerzo para rastrear los orígenes de esa tan insospechada consumación de que decíamos en el caso de nuestro pequeño continente, de manera que no sólo a los especialistas cuesta trabajo identificar la cuna de ese mundo germánico llamado a un protagonismo tan desmesurado en el fenómeno de que decimos, sino que por eso mismo implica un cierto desafío a la imaginación —a la que por ejemplo se rindió Tácito, con la aceptación del antepasado común llamado ni más ni menos que Mannus o sea Hombre, abuelo a la vez de los Herminones, los Istevones y los más cercanos al mar a quienes dio en llamar Ingevones—. En la historia ya, del sur de Escandinavia a la costa continental entre los ríos Oder y Wesser, y ya desde mil años antes de Cristo a lo ancho de las llanuras del interior, contenida transitoriamente su ambición meridional por la vieja resistencia céltica. Y enseguida, si queremos en pos del sol, un empuje de expansión humana ininterrumpido aunque con discontinuidades desde el siglo III antes de nuestra era. A la vista de lo cual, ¿podemos presumir de tener un conocimiento bastante para evocar intelectualmente ese mundo? ¿O quizás las discusiones tan apasionadas otrora y aún inextintas en torno a la relevancia del elemento germánico en nuestro acuñarse jurídico, literario y otros, no tuvieron campo abonado en la elucubración por esa nebulosidad del estado de la cuestión? Sin olvidarnos de la admonición genérica del mismo Musset, de que «los problemas de las invasiones son, por esencia, difíciles de conocer».

Pero sin poder olvidarnos de esa banda estepearia que une los Cárpatos con el río Amur, el campo propicio a las cabalgadas de sus pueblos nómadas, de los cuales sólo los hunnos han pasado a nuestro imaginario colectivo, pero que fueron una de las constantes del hacerse nuestro para las buenas y las malas horas, por mucho que de las dos fronteras posibles ellos prefirieran la china a la europea. Sin embargo, «en el origen de una renovación de la estética y las técnicas», en una medida que desde luego una muy escasa historiografía ha querido reconocer, pero bienvenida si nos recuerda la trascendencia decisiva para nuestro apéndice geográfico de la matriz asiática.

También son acreedores a nuestro recuerdo, pese a que sus nieblas nos impidan percibir sus contornos, esos pueblos predestinados a borrarse no sólo de la geografía sino también de la historia. Así, las bandas de los alanos errantes al azar por nuestro continente y el norte del africano, para no dejarnos huella tangible alguna. Como los vándalos dominados en un santiamén por la reacción imperial bizantina en torno a Cartago, desapercibidos allí o en las diásporas que hubieron de improvisarse precipitadamente en el Oeste de Asia. ¿A borrarse de veras? Concedamos desde luego lo suyo

a la fuerza de los nombres, aun sin atrevernos a tildarla de meramente aparential. Más cerca nos quedan los burgondos, aunque no tanto como los suevos, unos y otros de suerte pareja a ambos lados de los Pirineos. Mientras que la buena estrella de los francos y los alamanos se lee todavía hoy en la cartografía del poder. Y a propósito de los tardíos lombardos, acaso de la misma matriz escandinava, ciertos episodios entretejidos nos puedan mantener un tanto asido en la realidad de alguna manera el *mysterium iniquitatis*.

Un crisol de fronteras pues, unas llamadas a la permanencia hasta nuestros días mismos, otras efímeras, con avances y retrocesos<sup>12</sup>, pero predominando ciertas constantes en cuanto a los frutos de unas u otras migraciones, las estrellas con un determinado signo desde muy pronto, e irresistiblemente ancladas las de la buena ventura en un porvenir largo y llamado a una movilidad insospechada a su vez a lo ancho de las fronteras que podemos sencillamente definir de las siete partidas del mundo. Eso sí, quedando siempre la realidad primera de que esas fronteras tejieron la urdimbre donde se acuñó esta Europa nuestra.

#### DEL CONTINENTE A LAS ISLAS

El corrimiento de las fronteras germánicas o bárbaras fue tan terrestre que se deja concretar a menudo en el paso del *limes*, queremos decir que con toda precisión en el mapa emergido. Una excepción fue el establecimiento sajón en Inglaterra<sup>13</sup>. Formidable empresa la de su paso del Mar del Norte sin conocer la vela, entre los siglos IV y VI, partiendo de la desembocadura del Elba. Equivalente del *limes* era en la isla el luego llamado *litus saxonicum*, el amurallamiento romano-bretón, que se dejó penetrar sin resistencia, en un convencimiento tácito de la aceptación del cambio de los tiempos y de los pueblos. Sajones que se siguieron llamando<sup>14</sup> así después de su asentamiento insular, en casi toda la historiografía latina de la época, mientras que la escrita en viejo inglés prefería la palabra anglos, la única desde entonces para designar su lengua, el inglés. Anglosajones empezó a decirse en Germania en el siglo X, para evitar la confusión con los sajones que se habían quedado. Denominaciones que no implicaban una unidad étnica, por lo cual Beda distinguió entre anglos y sajones y llamó jutas a los mestizos. Pero también hubo suevos y frisones, además de otras

<sup>12</sup> Un curioso botón de muestra de la dimensión polémica siempre abierta es el siguiente artículo, que refiriéndose a un reajuste administrativo está escrito en un lenguaje bélico: P. GACHE: «Ce n'est pas seulement Liège qui a perdu les Fourons, c'est le monde latin qui vient d'être surpris par la cinquième offensive germanique dans les Ardennes», en *L'Unité Latine*, n-s-núm. 2 (1963, 1), 8-11.

<sup>13</sup> L. MUSSET: «Deux invasions maritimes des Îles Britanniques: des anglo-saxons aux vikings», en *Angli e sassoni al di qua e al di là del mare* (XXXII Semana de Spoleto, 1984; *ibid.*, 1986), 31-73.

<sup>14</sup> Antes era el nombre que se daba en latín a los piratas germánicos de los mares del Oeste. Claudio lo mencionó en las Orcadas a finales del siglo V.

gentes romanas y francas –probados están los vínculos del reino de Kent con el mundo merovignio–, y parece que daneses de Fionia y Slesvig.

No vamos a ocuparnos de su convivencia con los anteriores pobladores<sup>15</sup>. Pero sí dar noticia de la frontera lingüística que se creó desde el siglo VII, separadora de zonas bastante compactas, aunque enseguida se fue corriendo lentamente hacia el Oeste, con muy pocos enclaves pues. Una situación fronteriza en consecuencia que recordaba la del continente coetáneo entre los hablantes germanos y latinos. Desde entonces hasta hoy, la evolución ha sido la constante sangría céltica. La primera zona suya en caer, al norte, fue Strathclyde, dándola los viquingos el golpe de gracia. Cornualles resistió hasta el siglo XVIII. Gales todavía se mantiene –a los escandinavos también se debe allí el islote anglófono de Pembroke, ya que ellos, impusieron su idioma, pero éste fue luego suplantado por el inglés<sup>16</sup>–. Sólo quedó como única lengua y hasta muy tarde en las Orcadas y las Shetland. En las Hebridas y en Man convivió con el celta y el inglés. Eso también ocurrió en el noroeste mismo de Inglaterra<sup>17</sup>, donde dio lugar a una habla híbrida<sup>18</sup>.

#### DE ORIENTE A OCCIDENTE

De la colaboración de los varegos de origen sueco con los eslavos de Rusia en sus hostilidades contra Constantinopla –desde el año 860–, contra el Adzerbaiján y el Irán, no cabe duda<sup>19</sup>. Ello en los orígenes entre sombras historiográficas del estado ruso. Pero ya mucho más tarde de la formidable expansión de la frontera eslava fuera de Rusia, desde sus confines fineses y bálticos, hasta ocupar una buena parte de Europa en los siglos VI y VII<sup>20</sup>. Obra a la fuerza de un impulso demográfico que casi nos resulta misterioso, si pensamos en el reducido espacio de su solar<sup>21</sup> lingüístico, del Oeste

<sup>15</sup> La estimación de unos y otros en el acuñarse inglés ha sido muy polémica. Como botón de muestra se puede comparar el libro: *The Age of Arthur*, de J. MORRIS (Londres, 1973), y su crítica por Daniel M. DUMVILLE: «Sub-roman Britain. History and Legend», en *History*, 62 (1977), 173-92.

<sup>16</sup> Desde la llegada de los viquingos hasta fines del siglo XII, se habló algo el escandinavo en Inglaterra. Parece que podían entenderse con los anglófonos.

<sup>17</sup> Yorkshire occidental y Cambria.

<sup>18</sup> EILER EKWALL: *Scandinavians and Celts in the north West of England* (Lund, 1918).

<sup>19</sup> La exploración eslava del Caspio parece haber obedecido a una incitación varega. Pero más trascendente fue la implicación decisiva de la náutica escandinava en el desarrollo de la eslava, comprobada que ha sido por los arqueólogos alemanes y polacos.

<sup>20</sup> También para este ámbito es muy estimable la síntesis del mismo L. MUSSET: «Entre deux vagues d'invasions. La progression slave dans l'histoire européenne du haut moyen âge», en *Gli slavi occidentali e meridionali nell'alto medioevo* (XXX Semana de Spoleto, 1992; *ibid.*, 1993), 981-1.028.

<sup>21</sup> J. UDOLPH: «Zum Stand der Diskussion um die Urheimat der Slawen», *Beiträge zur Namenforschung*, n.f. 14 (1979), 1-25; y W-P. SCHMID: «Urheimat und Ausbreitung der Slawen», *Zeitschrift für Ostforschung*, 28 (1979), 405-15.

de Ucrania y la Polonia inmediata hasta los Cárpatos. Ello en el seno de esa tremenda movilización humana que fue la *Völkerwanderungszeit* desde fines del siglo IV. Cuando el avance germánico hacia el Oeste y el Sur dejó libres las tierras entre el Oder y el Elba, e incluso el Vístula, y muy reducida la población entre Bohemia y Panonia, llegando a un vacío casi también en el Oeste de Hungría, cooperando a ello además el establecimiento de los lombardos en Italia tras el derrumbamiento del estado ostrogodo. Pero hay que descartar entre una y otra oleada una relación de causa a efecto, por haber transcurrido un considerable lapso de tiempo entre ambas, aunque en Bohemia, Moravia y Eslovaquia los eslavos llegaron a tener contacto con los gelpidas y los lombardos, e incluso con los latinos en Dacia y los Balcanes.

Teniendo pues que evocar el historiador una tierra sin hombres<sup>22</sup>, al fin y al cabo para los españoles, como empezábamos diciendo, menos ajeno el panorama si paramos mientes en el desierto peninsular entre Oporto y Barcelona en el alto medievo. Sucesión pues, sin empuje. Como tampoco lo hubo a los eslavos mismos de los nómadas que a su vez se desplazaban desde la estepa asiática, los ávaros y los protobúlgaros de etnia turca que pasaron Ucrania. Eso sí, facilitando esos pueblos a los eslavos la organización que les faltaba, un fenómeno que en su caso equivalió al sustrato recibido por los germanos de Roma, aunque la romanidad y aquel nomadismo no podían ser más diferentes.

Los supervivientes de mi edad hemos sido testigos de los terribles enfrentamientos entre germanos y eslavos en nuestro sombrío siglo XX, con su secuela de las masas de población integralmente desplazadas. Un coletazo de la alternancia étnica en ciertas tierras europeas que da un eco trágicamente contemporáneo a esos movimientos de pueblos en el pasado remoto que nos ocupa, en los caminos de aquel gigantesco corrimiento de la frontera étnica. Habiendo sido decisivo para la dirección suroriental y balcánica del mismo la caída del *limes* del Danubio, también posibilitadora del avance búlgaro hacia el sur. En la hora de la eslavización de Eslovenia, Croacia, Servia meridional y Macedonia, hasta el Este de los Alpes y hacia Estiria y Carintia, incluso penetrando el Oeste de Grecia de Norte a Sur –Tesalia, el Epiro, y el suroeste del Peloponeso<sup>23</sup>–. Lucien Musset, a quien seguimos, observa que a diferencia de las otras invasiones europeas –no sólo las germánicas, sino también las viquingas, las húngaras y las sarracenas– los eslavos no cortaron el contacto con sus tierras de origen y fueron progresando suavemente como manchas de aceite.

---

<sup>22</sup> Tanta tierra vacía que no toda pudo ser ocupada, tal el Oeste de Holstein y el Este de Hannover.

<sup>23</sup> Cfr., A. GUILLOU y K. TCHEREMISSINOV: «Note sur la culture arabe et la culture slave dans le katépanas d'Italie (X<sup>e</sup>-XI<sup>e</sup> s.)», *Mélanges de l'École Française de Rome, Moyen Âge*, 88 (1976), 677-92; y S. HOOD: «Isles of Refuge in the Early Byzantine Period», *Annual of the British School of Athens*, 65 (1970), 37-45.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores determinaron en su mapa lingüístico unas discontinuidades que contrastan con esa línea bastante nítida de que hemos dicho entre lo germano y lo latino, a saber el «empuje, en dirección inversa, de las hablas germánicas, desde la época otoniana; la instalación de los magiares en la cuenca panona; la reconquista bizantina de los Balcanes bajo la dinastía macedonia, a la espera de la conquista otoniana, dando lugar a una gran variedad de tipos de frontera lingüística entre las zonas eslavas y no eslavas que reflejan la variedad no menos acusada de las modalidades del contacto entre los eslavos y sus vecinos<sup>24</sup>». Pensemos, por ejemplo, en las resistencias idiomáticas albanesa y rumana, desde luego hacederas por mor de la imposibilidad de una ocupación eslava densa de los inmensos espacios de su expansión. También se ha apuntado la diferencia entre su nivel cultural y el circundante, hasta la actuación decisiva de los santos Cirilo y Metodio —recordemos y basta el nombre del alfabeto cirílico— y el rápido eclipse de esos tan dinámicos ávaros que habían sido el soporte de la propagación eslava meridional.

Los pequeños mundos a la vera de tal situación tuvieron distinta fortuna. Así, hasta el siglo XIX perduró el dialecto románico de Dalmacia, a la vez que aparecieron unos macedo-rumanos e istro-rumanos supervivientes del Ilírico latino<sup>25</sup>. Y, cuando ya la colonización alemana había pasado el Oder, al Este del Elba, en el *Wendland* de Hannover oriental, en la ribera Jeeetze, se habló hasta 1750 el dialecto eslavo de la tribu de los Devrani.

#### NUEVAS FRONTERAS A TRAVÉS DEL MAR

Nos está llamando uno de los ámbitos geográficos y sociales más tipificadores de la Edad Media, el mundo escandinavo, la edad de los vikingos o normandos —«hombres del Norte»— que ha llegado a ser denominada por él<sup>26</sup>. *A furore Normannorum, libera nos Domine* fue una imprecación añadida a las letanías de los santos. Lo cual no nos debe inducir a simplificar, demasiado miedosamente a nuestra vez, el fenómeno. Pero no puede cabernos duda de su índole reveladora, de lo profundo de su huella en el imaginario colectivo.

Así las cosas, fijémonos en las características de la geografía escandinava. De una parte, la escasez de su tierra cultivable, por mor del abrumador predominio de sus espesos bosques. Una incitación a la salida por lo tanto. De otra, la abundancia de lagos y ríos, posibilitadora de una comunicación fluvial desde luego mucho más asequible

<sup>24</sup> MIRCEA RUSU: «Notes sur les relations culturelles entre les slaves et la population romane de Transylvanie», en *Les slaves et le monde méditerranéen* (Sofía, 1973), 189-201.

<sup>25</sup> G.-B. PELLEGRINI: «Contatti linguistici slavo-germanico-romani», en *Gli slavi*, cit., 911-77.

<sup>26</sup> La sugestión no quita rigor al libro colectivo *Les vikings*, de B. AEMGRIN y otros (París, s.a.).

que la terrestre. La cual, adelantemos la composición de lugar, se iba a encontrar reproducida en la inmensidad rusa cuando a ella tuvieron sus gentes la audacia de adentrarse ríos abajo<sup>27</sup>. Pero más ampliamente una circunstancia que los colocaba en mejores condiciones para aventurarse por los mares de su frontera.

En la que se daba otra ventura geográfica. La proliferación de islas entre sus costas y la tierra firme del otro lado. Notemos que el actual reino de Dinamarca se compone de una península, Jutlandia, y una cadena de archipiélagos. Y que, entre Suecia y el territorio báltico, en la mar abierta a atravesar, la distancia más larga de una a otra isla no sobrepasa los treinta quilómetros.

Bien, pero ¿y al Oeste? Islas también, algunas grandes, pero no todas de mero paso, por encima de la condición de puente: la Islandia de su colonización consumada, llamada a ser la reserva literaria donde floreció su memoria, con el apéndice de las Feroes, y al sur la cadena de pequeños archipiélagos enlazando con la Gran Bretaña, de los que ya hemos dicho, además de la isla de Man, en el mar de Irlanda, donde hasta casi la edad contemporánea subsistió la lengua nórdica, Inglaterra misma parte de una isla también. Tierras incitantes, llegando al establecimiento de dinastías propias en la última.

Pero ellas también lindando con el océano. ¿Una frontera igualmente? ¿O se nos escapa esta noción? ¿Podía llegar a serlo el mar tenebroso? Cuando en el siglo VIII, unos inquietos y curiosos nobles frisonos se aventuraron proa al norte, para comprobar que ningún continente había en línea recta desde la desembocadura del Wesser, «hechos de nuevo a la mar, desde la helada Islandia hacia el polo norte más lejano, vieron desaparecer a sus espaldas todas las demás islas, de manera que confiándose a Dios todopoderoso y al santo confesor Wilehado, les dejaron el cuidado de guiarlos. Y de repente, la niebla oceánica oscura y devoradora, que difícilmente se deja traspasar por la mirada, los envolvió. Y el océano dio en confluír violentamente hacia su fuente misteriosa, llevándose hacia el caos a los desgraciados navegantes que, en su desesperación, no veían más horizonte que la muerte. Era —se dijeron enseguida— la caverna abisal que atrae a sus profundidades toda la corriente del reflujo». Pero volvieron sanos y salvos. Lo cuenta Adán de Bremen, escribiendo hacia el año 1076.

Todavía en los albores del siglo XX, cuando el hombre había andado el bastante camino como para cruzar el océano por el aire, se planeó y llevó a cabo el primer vuelo desde Terranova hasta Irlanda, siendo los tres mil quilómetros de su separación la distancia más corta de una a otra orilla. Don Claudio Sánchez-Albornoz, a la vista del relato hispanomusulmán de la rara suerte de unos pescadores de Lisboa, entonces súb-

---

<sup>27</sup> Sobre la polémica en torno a la índole escandinava o eslava de una dinastía de Kiev, A.-V. RIASANOVSKY: «The Varangian question», en *I Normanni e la loro espansione in Europa nell'alto medioevo* (XVI Semana de Spoleto, 1968; *ibid.*, 1969), 171-204 y 553-69 (animada discusión).

ditos del rey de la taifa de Badajoz, arrastrados por la corriente a una tierra extraña, parece que la luego descubierta por Cristóbal Colón, y devueltos a una isla canaria, fantaseaba en torno a las consecuencias que para la historia habría tenido el descubrimiento del Nuevo Mundo por gentes islámicas. Pero al así dejarse llevar no se podía sentir historiador, sino un hombre de talento aliando meditaciones y fantasías. Otra cuestión muy distinta la historiográfica, que a la vista de la historia escandinava y el mapa del Atlántico Norte se da cuenta de estar predestinado que esas gentes escandinavas llegaran a Groenlandia y el Vinland.

¿Estaba también escrito que no permanecieran? Al pío y ambivalente dicho de que el hombre propone y Dios dispone ha sustituido algún entre historiador y geógrafo otro, sólo parecido en la materialidad léxica, el hombre propone y el medio dispone. Pocos espectáculos tan patéticos como el de un cementerio viquingo en Groenlandia, con la talla de los enterrados disminuyendo escalonadamente a cada generación, hasta llegar a la que ya no dejó tras de sí otra huella que esos mismos huesos. Pero también, unidos a sus predecesores y antepasados en esa tierra nueva, la de haber vencido al océano, demostrando que éste no había pasado para sus barcos de ser eso, una frontera, permaneciendo pues esta índole más allá de las grandes islas y los pequeños archipiélagos que al fin y al cabo eran el cinturón de la gran península europea del continente euroasiático. ¿El hombre dispone? No tenemos tantas pretensiones como para contestar el tremendo interrogante. Nos limitaremos a llamar la atención en torno a la diferencia entre las fronteras naturales y las artificiales, entendiendo por éstas las impuestas por la geografía humana aunque la física no las contemple. ¿Se nos deja recordar la separación entre España y Portugal, tan acusada precisamente en la edad contemporánea, cuando a la vez que los progresos de la técnica hacían más fáciles y rápidas las comunicaciones también ponían en manos de los poderes políticos los medios de entorpecerlas, disminuirlas e incluso anularlas?

Volviendo a la frontera viquinga<sup>28</sup>, nos muestra también como el avance de unas lleva al retroceso de otras, las modalidades del fenómeno queremos decir. Ya hemos visto el repliegue de la lengua escandinava en la isla de Man<sup>29</sup>, en los archipiélagos nortños y en la misma Inglaterra. Uno de esos archipiélagos fue el de las Shetland<sup>30</sup>, pero resistiendo allí hasta principios del siglo XX. Precisamente entonces, un vecino de las no lejanas Feroes, enterado de ese crepúsculo, se desplazó al otro archipiélago

<sup>28</sup> Sobre su elaboración literaria, a la búsqueda romántica de la historia, véase GÖSTAFRANZEN: «Tegner's «Skeppet Ellida»: The Icelandic Background and the Etymology», en *Scandinavian Studies*, 34 (1962), 237-44.

<sup>29</sup> G. FELLOWS JENSEN: «Scandinavian settlement in the isle of Man and North-West England: the place-name evidence», en *The Viking Age in the isle of Man* (Londres, 1983), 37-52.

<sup>30</sup> Aquí y en las Orcadas, la soberanía escandinava duró hasta avanzado el siglo XV.

para recoger sus últimos vestigios<sup>31</sup>. No era un intelectual, sino un amante de su cultura. Le ofrecieron a pesar de ello una cátedra en la universidad de Aberdeen, pero no quiso dejar su tierra. Una hermana suya pagó póstumamente la edición de su obra. Por cierto que, ya lo vimos, esos avances del inglés lo habían sido y eran también a costa de lo céltico. En Cornualles, el cónnico desapareció a fines del siglo XVIII, luego de ir viendo reducida más y más su área, como en las visitas de los obispos de Exeter se iba inexorablemente viendo.

Céltico que naturalmente también entró en concurrencia con lo escandinavo<sup>32</sup>. Un monje irlandés, Dicuil, escribió el año 825 un tratado geográfico titulado *Liber de mensura orbis terrae*. En él nos da la primera noticia de las Feroes. Diciendo que fue un lugar de retiro escogido por algunos ermitaños compatriotas suyos. Antes de la colonización nórdica pues.

Debiendo también mirar a este propósito a la frontera religiosa. La del cristianismo avanzó hasta englobar el mundo de la Escandinavia pagana, gracias a la expansión vikinga precisamente. Un fenómeno por otra parte nada nuevo. Recordemos el papel predominante de los comerciantes, junto a los militares, en la primera difusión cristiana en Occidente. Sin extendernos comentándolo, nos vamos a conformar con citar un pasaje significativo de una saga islandesa, la de Egil, *Skallagrímssonar*. Nos cuenta que el rey sajón Adalsteinn, invitó tanto al propio Egil, el escalda autor de la saga, como a otros islandeses que trataban de establecer relaciones con las gentes de su estado, tales Thorolfr y unos hermanos suyos, «a aceptar la *prima signatio*<sup>33</sup>, porque ésa era una costumbre entonces muy de moda, tanto entre los mercaderes como entre los demás hombres que querían trabajar con dueños cristianos. De manera que quienes la aceptaban tenían desde entonces libertad para comerciar libremente, tanto con los cris-

<sup>31</sup> Pero no sólo allí, sino en los otros dos archipiélagos, hay abundantes huellas toponímicas de la lengua vencida. Tal los compuestos o derivados de *bolstaör* (=granja), *ivagr* (=cala), *ey* (=isla), y *ness* (=nisch, cabo). Lo cual no nos puede sorprender si reparamos en que el norte de Escocia se llama Sutherland, o sea la tierra del sur...pero de Noruega. Y en los vestigios dejados en el propio idioma inglés, aparte también la toponimia en la misma Inglaterra (cuya lengua ya hemos dicho que, al ser conquistada la isla por los escandinavos, no debía ser a decir verdad muy diferente de la de éstos). Por ejemplo, *town* viene del viejo inglés *tun*; en escandinavo era *by*, y por eso se llama *by-law* la ley local. Dos topónimos en la Inglaterra actual, Stanton y Stainby, significan lo mismo. En cuanto a la antroponimia, Aissmunderby (Yorkshire) es escandinavo, y Osmondeston (Norfolk) es inglés, pero se trata de dos maneras de decir la granja de Osmond. Siendo más de setecientos los nombres de lugar en el norte y este inglés con el sufijo *by* (además de los que prefirieron *thorp*, de menos envergadura). En la costa noroeste los sufijos *aergi* y *ergh* apuntan a lo noruego.

<sup>32</sup> Cfr., L. MUSSET: *Participation des vikings venus des pays celtes á la colonisation scandinave de la Normandie*, «Cahiers du Centre de Recherches sur les Pays du Nord» (Caen), 1 (1978), 107-17, y «Pour l'étude des relations entre les colonies scandinaves d'Angleterre et de Normandie», *Mélanges F. Mossé* (Paris, 1959), 330-59.

<sup>33</sup> O sea, el bautismo.

tianos como con los paganos, por supuesto con la posibilidad de adherirse a esa fe, que era la que les resultaba más conveniente».

El caso es que la sede metropolitana de Hamburgo-Bremen fue allá arriba cediendo sucesivamente su puesto a las de Lund, Trondjem o Nidaros, y Upsala<sup>34</sup>, en Dinamarca, Noruega y Suecia. Trondjem extendió su jurisdicción espiritual a Islandia, las Feroes, los archipiélagos del norte de Escocia y también Groenlandia.

Ahora bien, la frontera religiosa, a veces quedaba trazada nítidamente, en cuanto era todo un reino el que abrazaba la nueva fe, siendo ese el caso ordinario, pero eso únicamente sobre el papel, en cuanto la supervivencia de las creencias vencidas resultaba inevitable. Llegándose a veces a una tolerancia oficial expresa de algunas de ellas. Es lo que ocurrió en Islandia, cuyo parlamento –*Thingvellir*– adoptó el cristianismo el año mil, pero permitiendo tres usos de la religión antigua, a saber la exposición o abandono de los recién nacidos en ciertos casos, comer carne de caballo y sacrificar a los dioses paganos. Sin embargo, no fueron esas las solas prácticas que se mantuvieron ni vestigios que quedaron.

Curiosamente, en la propia Islandia, al ser colonizada anteriormente, sobre todo por exiliados noruegos, en ese salto de la expansión viquinga que hemos visto, se había dado el caso inverso, el de la tolerancia de la mayoría pagana a la primera generación de algunos cristianos participantes en la empresa. Se trataba concretamente de los que procedían de Irlanda, las Orcadas y las Hebridas. En el *Landnámabók*, que es la historia de esa toma de posesión del país, se lee<sup>35</sup>: «Así aseguran hombres entendidos que ya en aquel tiempo habían sido bautizados algunos hombres de los que tomaron tierra y fundaron Islandia, sobre todo entre los que llegaron del oeste del mar, y como tales son citados Helgi *el Gordo*, Orlygr *el Viejo*, Helgi Bjola, Jorundr *el Cristiano*, Audr en Djupudga, Ketill enn Fifiski y otros hombres semejantes, que llegaron del occidente del mar». Pero de Helgi, y ello sigue siendo significativo y corrector, se dice que «tenía mucha mezcla en su fe religiosa. Él creía en Cristo, pero invocaba a Tor para el viaje por mar y para tener valor. Cuando tuvo Islandia a la vista, consultó el oráculo de Tor, para saber la tierra que debía ocupar, y el oráculo le indicó la zona septentrional de la región [...]». En cambio de otro de ellos, Búi, hijo de Audridr, se dice que «era un hombre bautizado y nunca ofrecía sacrificios, diciendo que posternarse de esa manera era propio de gentes pusilánimes. Y nunca quería ir armado, sino que se limitaba a llevar un cinto que se anudaba alrededor».

<sup>34</sup> En cuanto a la aparición tardía de ésta, se ha discutido si se debió a motivos intrínsecos, o más bien hay que buscarlo en la maraña de intereses que tenía muy en cuenta la necesidad de poner coto a la influencia germánica, a veces predominante en Dinamarca.

<sup>35</sup> Según M. SCOVAZZI: «Paganesimo e cristianesimo nelle saghe nordiche», en *La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'alto medioevo* (XIV Semana de Spoleto, 1966; Spoleto, 1967), 759-84; interesantes las observaciones del profesor Düwel a las págs. 793-4.

En fin, conviene considerar que si las gentes septentrionales avanzaron su frontera en lo que al asentamiento hace relación, también puede hablarse en cuanto a ellos de otra frontera menos precisa, la del alcance de sus incursiones, claro está que ésta mucho más avanzada que la de sus posibilidades colonizadoras. Miremos Normandía en el país vecino. Ahí quedó una de esas dos fronteras. Que no llegó ni al Sena. En cambio, la otra pasó el Guadalquivir en Sevilla<sup>36</sup>.

La tentación de divagar en torno a la simbiosis cultural fronteriza, en éste como en los demás casos, nos llevaría tan lejos que nuestro argumento sería historiográficamente inacabable. Sólo citaremos un ejemplo, por referirse a la frontera viquingo-eslava, que hasta aquí no hemos hecho más que mencionar. Únicamente las dos ciudades viquingas más orientales, Birka y Hedeby, tuvieron murallas. Éstas eran de tierra y de madera. Como las de la Europa oriental y todos los territorios eslavos. Siendo el caso que los *Anales reales francos* nos informan de que, el año 808, el rey danés Godfredo había deportado precisamente a Hedeby a los habitantes de la ciudad eslava, por él mismo destruida, de Reric.

No hay duda de que algunos descubrimientos viquingos se debieron al azar, la suerte de gentes perdidas en el mar inmenso. Pero eso, aunque lo sabemos sobre todo por la propia tradición islandesa, no fue lo común. Inglaterra era conocida por ellos desde muy pronto. De Islandia y las Feroes hubieron de hablarles los irlandeses. Desde las colinas del noroeste de Islandia se pueden ver las montañas de Groenlandia en el solsticio de verano. Y tras de las tierras colonizadas de Groenlandia hay alguna posibilidad de adivinar la tierra de Labrador, a la vista de ciertas nubes en formación. Por otra parte, no podemos dejar de valorar en lo debido aquellos casos fortuitos. Ya que sólo a navegantes tan adiestrados y decididos como esos hombres septentrionales pudieron haberles ocurrido. *Había dos viquingos que se llamaban Vigbjodr y Vestmarr. Eran de las Hébridas. Y corrían los mares lo mismo en invierno que en verano*, como dice la *Saga de Grettir*<sup>37</sup>. ¿Podremos decir que a la búsqueda azarosa de una frontera? Entrando también en sus hábitos, muy consecuentemente, mover sus linderos en la tierra firme: *Pero en la primavera siguiente, Halffredr transportó su casa al norte, sobre la landa, y allí construyó una granja que se llamó Geitdalr. Y una noche, soñó que un hombre se le acercaba y le decía: «Tú descansas aquí, Halffredr, pero eso es una insensatez. Transporta tu*

---

<sup>36</sup> C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ: «Invasiones normandas a la España cristiana durante el siglo IX», *I normanni*, cit., 367-408.

<sup>37</sup> Texto en *Sagas islandaises* (ed. R. Boyer; La Pléiade, 1987), 771. A propósito de las sagas, hay que tener en cuenta que, ora intercalados en ellas, ora adicionados a los manuscritos que las contienen, se encuentran a veces unos cuentos llamados (en plural) *thaettir*, muy reveladores de aquellas mentalidades: «el *thattur* por antonomasia es el que tiene por protagonista a un islandés en busca de fama y gloria, y narra su relación con un rey o un caudillo, generalmente noruego», apud *Seis cuentos islandeses* (versión de José-Antonio Fernández Romero), en *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, 3 (núm. 11; 1997), 99-126. Desde luego sin contraposición entre ellos y las sagas mismas.

*casa al oeste de Lagarfjot. Allí tendrás todas las de ganar». Después se despertó. Transportó su casa más allá de la Ranga del Tunga, al paraje que después se llamó Hallfredarstadir, y allí vivió hasta su muerte*<sup>38</sup>.

Y que no pretendemos abusar de las divagaciones... A primera vista, la fecha de 1898 y sus eventos tan trágicos y de tan hondas consecuencias en nuestra psicología colectiva, está muy lejos. Sin embargo, por mor de la última tragedia hemos visto un artículo de prensa titulado *Un Noventa y Ocho universal*. Reciente aquella data infausta, el Rey Oscar de Suecia, que todavía seguía siéndolo de Noruega, visitó España, siendo destinatario de una bella *Salutación* de Rubén Darío. El vate aproximaba unas y otras culturas: *Allí surge Sigurd que al Cid se aíuna, /cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna/ y la musa de Bécquer del ensueño es esclava/ bajo un celeste palio de luz escandinava*.

Lo que en el cotejo no podemos regatear a aquellos escandinavos es haber tenido el convencimiento, y actuado en consecuencia, de no ser Thule la última tierra del planeta. ¿Se nos permite sugerir que haber tenido además la voluntad concordante? Tal y como ya lo había intuido Séneca en unas palabras cargadas de acento profético que tanto a ellos como a Colón pudo referirse. Siendo ellos quienes, respondiendo a su llamada, corrieron la frontera. *Había un hombre que se llamaba Sokkiy que era hijo de Thorir. Vivía en Brattahlid, en Groenlandia. Era muy estimado y popular. Su hijo se llamaba Einarr y era una promesa. El padre y el hijo tenían mucho poder en Groenlandia y su puesto era eminente. Una vez, Sokki convocó una asamblea e hizo ver al pueblo que no quería que el país estuviera más tiempo sin obispo*<sup>39</sup> *y que todo el mundo debía contribuir al establecimiento de una sede episcopal. Todos los boendr estuvieron de acuerdo. Sokki pidió entonces a Einarr, su hijo, que hiciera un viaje a Noruega, diciendo que era el hombre más apto para llevar a cabo esa misión*<sup>40</sup>. La constante de estar presente la iglesia siempre que aparece o cambia una frontera. Pero esa geografía eclesiástica iba a conocer andando el tiempo un largo eclipse, hasta el establecimiento de otra frontera impulsada por aquellas y otras gentes. Ello en el seno de una irresistible expansión europea de la que aunque a cual más conflictivamente seguimos viviendo. Una expansión sólo posible luego de aquel acuñarse de sus fronteras, por lo cual ningún enriquecimiento mejor de su conocimiento nutricio para nosotros y los demás que ese hacerse la luz en sus linderos densos y ubérrimos de hombres y de cosas como la Murcia deudora de Juan Torres Fontes.

<sup>38</sup> «Saga de Hrafnkell Godi-de-Freyr», *Sagas*, cit., 1173.

<sup>39</sup> Véase ARCHDALE A. KING: *Liturgies anciennes* (Tours, 1961) IV (=los ritos de la cristiandad de Occidente) 509-31, estudio de historia diocesana de la iglesia noruega, introductorio al llamado rito de Nidaros o Trondjem (la metrópoli de todos aquellos territorios noratlánticos y ultramarinos).

<sup>40</sup> «Saga dit des Groenlandais», *Sagas*, cit. 377. El primer obispo de Groenlandia fue el islandés Eirikr Upsi, hijo de Gnuþr, hacia el año 1112.